

PRIMERO MUERTA QUE SENCILLA

“Fue una tarde de esas en que el sol está de buen humor y le da por quedarse. Estaba yo sentada en un restorán de la localidad, dando muerte a un pai de manzana mientras leía El Lobo Estepario, cuando alcé la vista y la vi detenida frente a mí, silenciosa y estoica. Una niña como de 8 años, absolutamente maquillada, peinada al modo de las emperatrices y requetevestida como pastel de cumpleaños.

Al ver que me había dignado abandonar Hesse y pai para ponerle atención, más sorprendida que solícita, habló rápidamente, como si temiera que yo cortase el hilo de mi mirada. Me pedía contribuir con su reinado, en una escuela con nombre de República, supongo yo, de alguno de esos países que cobran existencia al momento de nombrar nuestras escuelas. La niña me ofrecía una especie de estampita que tenía su foto. Ella aparecía igualmente maquillada con una diadema en la cabeza y una sonrisa que quería ser sexy...

...Me contó que ella Zuleika Primera vivía por donde el diablo perdió el calzoncillo. Que su papá había hecho turno de 72 horas seguidas como vigilante, para poder comprarle el vestido. Que se había tenido que levantar a las 4 de la madrugada para que la mamá la vistiera, la peinara, la maquillara...”

Consuelo Tomás, Panamá Quererte.

El reto de agregar algunas ideas sobre una realidad tan bien descrita por la escritora panameña Consuelo Tomás, lleva a pensar en el efecto de la cultura de masas. En ese

intento constante de mostrar (nos) lo que somos o pretendemos ser corremos el riesgo o la tentación de falsear nuestro ser, de equivocarnos o engañar. Y los reinados propician estas falsedades desde muy temprana edad.

El logro de la corona está presente desde bebés, cuando la madre orgullosa o las tías solteras y embobadas con la primera sobrina, le regalan zapatitos de tacón, un hilo dental dorado para su primera visita a la playa, un vestido negro acompañado de lentejuelas para la noche de año nuevo, y el suéter de la marea roja para que vaya *sexy* al Rommel Fernández¹.

En su primer añito, cuando ya se sostiene solita y acostumbrada al mar, le solicitarán cuando estén en la playa que se ponga *sexy* para la foto, a lo que la niña responderá con una mano en la cintura y una mueca que a su entender es *sexy*. Tiene tan solo un año, y esa foto será la comidilla de la familia, *mi sobrina salió sexy como yo*, dirá la tía; *tengo que cuidar a mi hija*, dirá el orgulloso padre, y subirán las fotos a Facebook donde la gente la reconocerá como la bebé *sexy* de los quéseyo. Esto seguramente convoca a la risa de mucha gente y a los recuerdos de varios momentos gratos, cuál es el problema entonces.

Las escuelas por su parte, convocan reinados para todo. No hay que olvidar que la escuela tiene la tarea de formar a las personas de acuerdo a los ideales que garantizan la continuidad de la sociedad. Y también es una forma de obtener recursos para la escuela, de integrar a padres y madres de familia, de tener días libres o poner a trabajar al personal docente.

Esto que resulta tan cotidiano y presente en el imaginario social, conforma una idea del ser mujer, que congratula al papá, y la mamá se proyecta. Los padres y madres suelen confundir su posición generativa, lo que les lleva a extraer la máxima gratificación de poder

¹ Estadio deportivo en la ciudad de Panamá.

ofrecer a los hijos/as una buena vida, éxito, triunfos, y a colocarse en posición de hermanos/as de su prole que les conduce a considerarlos rivales en la lucha por la realización de sus aspiraciones. Por ello -como diría la española María Izquierdo en su libro Cuando los amores matan- pueden experimentar envidia ante el desarrollo y bienestar de los hijos, en lugar de sentirse contentos, o bien se pueden mezclar ambos sentimientos ya que no son hermanos de sus hijos, aunque sientan como si lo fueran (Izquierdo, 2000).

Para la niña el periplo inicia con el beneplácito de otros que tendrán que designarla como bonita y escogerla como representante del salón para el certamen; luego, ella debe competir por la corona que conlleva derroche de pastillas, pitos y flautas que los padres sufragan. Disfrazarse continuamente, es otro paso importante: colocarse una peluca de larga cabellera lacia, aretes que semejen oro, y maquillarse, vestirse, reír, coquetear, y bailar según como la mamá entiende debe ser una candidata a reina. La corona, se convierte en la objetivación de las cualidades o defectos, aquello externo en lo que se expresa lo que la niña es. Por último, tendrá que asumir que no se gana por competencias sino por la cantidad de dinero obtenido de esta forma, ah se me olvidaba, la belleza claro que influye.

*Alina Torrero. Antropóloga social
Panamá, 11 de enero de 2017*